

SEMANA SANTA DE 1913.

El camino de la Cruz.

Un Santo Padre de la Iglesia, hablando de la Pasión del Salvador, la llama «La gran tragedia de la vida humana puesta en escena.» Allí está, en efecto, compendiada toda la historia de la humanidad. Desde el principio del mundo la vida del hombre no es más que un continuo esfuerzo y tendencia hacia lo alto en medio de dolores, sacrificios y todo linaje de sufrimientos.

El único medio para elevarnos sobre las miserias de esta vida y aproximarnos a Dios, es la constante lucha contra nuestra naturaleza degradada que nos arrastra y tiene apegados a la tierra.

La Cruz es patrimonio común de toda la humanidad después del pecado del primer hombre, y sólo llevando esa Cruz con su cortejo de lágrimas, privaciones y trabajos, podemos subir a la cumbre de la perfección espiritual, a la montaña santa de Dios, donde percibimos la aurora de la eternidad.

Jesucristo, Redentor de los hombres, ha querido facilitarnos el camino, ser nuestro Maestro y nuestro guía, invitándonos a seguir en pos de él y dejándonos bien marcadas sus huellas que, aunque ensangrentadas para que no olvidemos sus espinas y azotes, sus afrentas e ignominias, su muerte y crucifixión, nos sirven de consuelo y esperanza en este amargo destierro, porque la sangre vertida por el Hijo

de Dios, es precioso bálsamo para las heridas de nuestra alma; sus dolores son nuestra fortaleza y su muerte nuestra vida.

El hombre sensual e irreligioso, se niega a seguir el camino de la Cruz: no quiere saber lo que es sufrimiento, mortificación y sacrificio, pero todos tus esfuerzos son en vano. Tiene que abrazarse por fuerza con el dolor sin conocer a Aquel que siendo *varón de dolores* lo ha santificado y transformado en baño saludable de regeneración. Para tales hombres queda solamente la angustia y la desesperación: tienen la Cruz, pero sin el Crucificado que les consuele.

Ceferino Andrés Calvo.
Vicario Capitular.

MEMORIAL

que el último superviviente de la suprimida congregación de los Doctrinos, presenta humilde y respetuosamente al Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo D. Fr. Francisco Javier Valdés y Noriega, a fin de que se restaure a su fervor primitivo la devota procesión del «Santo Entierro» que, de fecha inmemorial, sale en esta ciudad de Salamanca, a la hora en que Nuestro Divino Salvador dió su vida por los hombres en el árbol de la Cruz.

EXCMO. SR.:

Era edificante sobre toda ponderación y encarecimiento, según cuentan añejas crónicas, la piadosa y conmovedora procesión llamada del *Santo Entierro*, que, partiendo del Colegio del Arzobispo, recorría las principales calles y plazas de esta ciudad, llevando a hombros de cofrades los pasos conmemorativos de la sangrienta tragedia del Calvario.

Pero ha venido muy a menos aquella procesión, antes tan devota, que por verla se despoblaban hasta las aldeas más lejanas de la provincia; y es por eso que tengo la osadía de importunarle con este «Memorial», que para no acrecentar sus muchos defectos, le doy palabra de que no ha de ser pesado ni lastoso.

Y comenzando a poner tachas e indicar reformas, debo decir a V. E. que algunos *pasos* que salen hoy en clamorosa más que reverente procesión del Viernes Santo, debieran pasar a la historia, sustituyéndolos con otros más artísticos, y sobre todo, más conmovedores. Hay uno, el de los *Azotes*, en que aparecen grotescas caricaturas de membrudos y feroces sayones, esgrimiendo sudorosos y con titánica energía, algo que tiene trazas de disciplinas, con puntas y ribetes de flagelo romano. Pues luego es tan exagerado y antiestético el fácil y barroco efectismo de las estatuas, y se ensañó en ellas con tal exceso el cincel y la brocha gorda del artista, que el conjunto, más que piedad, causa risa; tanto, que los traviesos chicos de la calle, y los que no lo son, para que el diablo no se ría de la mentira—cuando ven descollar a lo lejos el brazo remangado del iracundo y desalmado sayón, se dicen unos a otros en estrepitosa chillería: «Viene Boca ratonera», añadiendo otros epítetos y motajos tan mal sonantes, que no he de transcribir yo en este respetuoso «Memorial».

En resumen: a este *paso* se le puede muy bien aplicar aquello de «a mal Cr'sto, mucha sangre». No digo que no pudiera pasar en una aldea, y aun en alguna villa de undécima o duodécima clase; pero en esta ciudad, que fué en tiempos

mejores «de las artes espejo», como dijo el poeta, no debe pasar por más tiempo.

En cambio está relegada al olvido, en la sacristía de los Clérigos y reales capellanes de San Marcos, una efigie de la *Flagelación*, que es una maravilla, una verdadera obra de arte. Aquella estatua produce de súbito en quien la admira, intensa y profunda emoción religiosa y artística. Es conmovedora en extremo: las heridas de aquel

cuerpo, ya casi exangüe y lívido, parece que están en *carne viva* y que manan aún sangre fresca. Y ¡qué mirada, señor Obispo, qué mirada! No sabe uno si es de compasión o de lástima al ver a Pedro, el de la fe robusta y bronceada, vencido en toda línea por una atrevida mozoela, o si es de pena, al ver que ha de ser estéril y baldía, para muchos, aquella sangre de infinito precio, que encharca el enlosado pavimento, y que, hilo a hilo, corre por el cuerpo acardenalado; pero refléjase en aquellos ojos tanta resignación, que pronto se han de cerrar a la luz de la vida en el noble y doloroso tormento, y tanto amor a los hombres, que aquella mirada es capaz de encender y derretir hasta los mismos mármoles.

A mayor abundamiento, hay una cohorte de Angeles, que no crea exagero al decir que cada uno de ellos es un milagro artístico. Aquellos Angeles están vivos y horando a lágrima viva, y, con tal desconsuelo, que, al verlos, no puede uno menos de dar rienda suelta a las lágrimas y llorar en compañía de ellos la muerte del Redentor. Y dígame, señor Obispo, ¿no sería más edificante, sobre ser más artístico, que en vez de aquel otro *paso* efectista, barroco y aun grotesco, diéramos oportunas órdenes para que saliese este grupo escultórico, tan conmovedor y devoto?

Pues he aquí lo que por este año me atrevo a suplicar a V. E., esperando conseguirlo de su bondadoso corazón, con seguridad de que la piedad y las artes salen gananciosas en el truco o cambio.

Pidiéndole perdón por tanta audacia, se ofrece repetidamente a V. E. I. su humilde y respetuoso súbdito y b. s. p. a.,

UN DOCTRINO.

(1) Reproducimos este artículo, original de un titulado y castizo escritor salmantino, sabio y virtuoso sacerdote, laureado recientemente por la Real Academia de la Lengua.

Renovamos su publicación, porque en él se alude a la artística efigie la *Flagelación*, que aparece fotografiada en nuestro número de hoy, y que, según se pide en el «Memorial», este año saldrá en la procesión de Semana Santa.



LA FLAGELACIÓN.—(Escultura de Carmona, que se venera en la Real Capilla de San Marcos, de Salamanca).

La canción del arado.

Al labriego salamanquino no es dado concebirlo si no es poblando los aires con las lánguidas cadencias de sus tonadas.

Lo mismo que azote su rostro cierto inclemente mientras guía la yunta que va rasgando perzosa, con el arado proto-histórico, los pardos barbechos, o ya caigan sobre él, como plomo derretido, los soles estivales, mientras va tumbando a golpe isócrono de hoz, las mieses de la hoja, le oírás, en todo caso, amenizar su penosa brega cantando «la copla del trabajo», la tonada atañedera a la precisa labor en que entonces se ocupa.

La musa divina de los campos, he llegado a pensar alguna vez si será el compasivo Cirineo que al gañán de estas charrerías le alienta y le ayuda a llevar la cruz del trabajo por la aspérrima pendiente de la vida.

Porque, cierto, más de una vez espasme al viento el mozo de este bendito terruño salamanqués las notas alegres de la copla de día, de la tonada picante que anda rondando entonces por el lugar, mientras lleva él, rugándole sordamente en el alma, trágico dolor, tal, que pudiera parodiar al melancólico personaje de la Divina Comedia, en cuyos labios, amargados por las hieles del más fiero infortunio, puso Dante a aquel súblime endecasílabo francés:

«Je sui Arnaut que ploie et vai chantán.»

Y ya lo plañen ellos también, alguna vez que otra, y con dejos, por cierto, muy dolientes y muy agudos, para que llegue a oídos de la moza esquivia que desdeña sus sentires y sus amores finos y puros y limpios como los mismos oros:

Aunque me ves que canto, canta la boca, que en el corazón tengo pena y no poeta.

Pero dando de mano a estas enrevesadas psicologías, es cierto que, lloro de pena o salte de gozo su corazón, en viéndose que se vea el gañán en el campo, cualquiera que sea la faena en que le veáis envahido—arando en el barbecho o segando las mies en la besana, o tornando y encumbrando las parvas en la era, o acarreado el grano para entrojárselo en la panera o subirlo al sobrado—oírás soltar el torrento enorme de su voz, poniendo en las campestres armonías toda su alma y... todos sus pulmones.

No podrán decir todos con Gabriel y Galán, en el poema El Ama, —mitad idilio, mitad elegía—:

«Ella y el campo hicieronme poeta.»

Pero si no la fuente de inspiración estética, cuando menos han sentido en el campo la vocación, la moción, algo así como el instinto espontáneo e irresistible del ave que en viendo sonrojarse con los tenues carmines de la aurora las frondas que ocultan el nido, brinca, de júbilo, de rama en rama, cantando con música no apriciada las más bellas y místicas alboradas, según lo expresa la copla aldeana:

Los pájaros son clarines entre los cañaverales, y le dan los buenos días al divino Sol que sale.

La musa alada del amor—fácil es presumirlo—re volotea alegre y vivaracha en la mayor parte de las canciones campestres. Con razón puede cantar en las noches de ronda el gañán que anda enamorando a la mozucla que le trae sorbado el seso:

No se qué cantar te cante para no ofender a Dios; todos mis cantares tienen tres palabritas de amor.

Pero en viniendo Carnes to'endas, como si aun se representara en nuestros pueblos, en la noche posterior del Antrrujo, la Eloga donosísima: «¡Carnal fuera! ¡Carnal fuera!», que compuso hace ya cuatro centurias el celebrísimo poeta músico Joan del Encina, queda Amor extraño de estos campos, por espacio de cuarenta días.

La verdad es—dejando para otra ocasión dar aire a estas reminiscencias dramáticas—que desde el punto y hora en que el párroco impone la simbólica céniza al hijo humilde de la aldea hasta que, en la espadaña de la Iglesia, repican a gloria, la mañana del Sabado Santo, campanas y pascuetejas, no r sueña más ni en el campo ni el pueblo la copla vibrante y flamígera del amor. En todo el santo tiempo de Cuaresma no oírás al gañán que ara en el barbecho, ni al pignorero que conduce la revez, ni al mozo que apascona al ganado en el boil, sino los Madamientos, los Cristos, el Arado y demás romances cuaresmales, no desprovistos de valor poético en su rústica y candorosa sencillez.

Quizás sea el más interesante de todos el Arado, y desde luego conviene perpetuarlo, no sea que al introducir el progreso agrícola en esta comarca salamanquesa, el arado Brabant, como ser. n entonces ininteligibles a los futuros labriegos salamanquinos, a guisa de estrofas, cuando no todas, es muy de temer que, a la corta o a la larga, dejara de resonar para siempre en estas ganancias tan devoto romance.

Y es, justamente, por este tan razonable temor, el que me haya resuelto a trasplantar, en estas páginas religiosas de EL SALMANTINO, la rústica Pasionaria que ha renacido y ha reaflorecido, cada primavera, en los barbechos de mi tierra, quién sabe cuantos años há y aún siglos...

Sin duda, lo que más choca en el Arado es el extraño simbolismo de la Pasión, que desciende hasta algo rizar los más insignificantes pormenores de la arada. No parece sino que el anónimo autor de el Arado tuvo por intento—más bien que recordar—el que se representara al vivo en la inmensa soledad de los campos el drama payoroso de la Pasión, durante todo el santo tiempo de la Cuaresma.

Claro es que el piadoso empeño de ajustar al arío todas y cada una de las circunstancias y particularidades, aun las más nimias, de la Pasión hace decrecer el valor poético; pero en cambio, en todo el romance, culmina por igual un ascatismo muy fervoroso, muy doliente, muy intenso.

Ahí va tal cual lo he oído cantar, estos mismos días, a los gañanes que andan binando o terciando la hoja barbechera en la socampana de la ciudad:

El arado cantaré, de piezas lo he formado y de la Pasión e Cristo misteriosos me explicando.

El dental es el cimiento donde se forma el arado; pues te jemos tan buen Dios, anparo de los cristianos.

La cama será la cruz, la que Dios tuvo por cama; al que siguiere su cruz nunca le faltará nada.

El trechero que atraviesa por el dental y la cama, es el clavo que penetra aquellas divinas palmas.

La telera y la chabeta dambas a dos hacen cruz; consideremos, cristianos, que en ella murió Jesús.

La manera es el rosaíl donde silen los olores; María cogió colores de su vientre virginal.

La reja será la lengua, la que todo lo decía; ¡válgame el divino Verbo y la sagrada María!

El pescuño es el que aprieta todas estas levaciones; ¡contemplemos a Jesús, afligidos corazones!

Las orejeras son dos; Dios las abrió por su mano y significan las puertas de la gloria que esperamos.

a llevar la santa cruz de manera tan pesad.

El sureo que el gañán lleva por medio de aquel terreno, significará el camino del buen Jesús Nazareno.

Las toparas que se encuentran el gañán cuando va arando, significan las caídas que dió Cristo hasta el Calvario.

La semilla que derrama el gañán por el suelo, significa bien la sangre del buen Jesús Nazareno.

Padras, los que tenéis hijos, ya habéis oído el arado; cuidad de su educación y procurad enseñarlos.

Ya se concluyó el arado de la Pasión de Jesús; adoremos a María, que nos da gracia y salud.

Con ligeras variantes que no modifican la substancia ni alteran el fondo, en lo más mínimo, tal es el devoto romance que acostumbran a cantar, durante la Cuaresma, los mozos en las rondas y los gañanes al arar.

Y pueblos hay, en esta religiosa comarca salamanquina, en los cuales, en la noche del Jueves y del Viernes de la Semana Santa, se canta solemnemente e Arado en la humilde iglesia lugareña.

A la santa Cruz.

Arbol divino y santo, y nunca entre las selvas producido, fértil y hermoso, tanto de cuyas ramas vió la tierra asido el fruto más sabroso, cándido, puro, virgen, limpio, hermoso,

Arbol de la victoria, del príncipe de paz, ilustre planta digna de eterna gloria, trófeo que a los cielos se adelanta, pues sobraste a las manos, que trazaron sus orbes soberanos.

Ara donde el cordero llegó al cuchillo humilde, manso y mudo que si el Isac primero hallar defensa al sacrificio pudo, en ti desamparado murió el segundo de su Padre amado.

Cruz que siendo desprecio por consagrarte aquel dichoso día, llegaste a tanto precio que se te debe culto de latría, esos ramos extiende y en su divina sombra nos defiende.

¡Oh cruz alma! ¡Oh suave camino al cielo, ponte intercediendo, como del cielo llave, cuando el proceso de mis años viendo esté quien en ti expira en medio de mis culpas y su ira!

LOPE DE VEGA.

El timón que hace derecho—que así lo pide el arado—significa la lanzada que le atravesó el costado.

Las belortas son de hierro, donde está todo el gobierno, significan la corona del buen Jesús Nazareno.

Los bueyes son los judíos, los que a Cristo le llevaron desde casa de Pilatos hasta el monte del Calvario.

El yugo será el madero donde a Cristo le amarraron, y las segas los cordetes con que le ataron las manos.

El barrenó que atraviesa la cabeza del timón, significa el que traspasa los pies de Nuestro Señor.

Los frontiles son de esparto; se los ponen a los bueyes; y al buen Jesús maniataron con muy asperos cordetes.

El barzón es la saeta que tiraron al costado, y la correa el pañuelo con que sus ojos vendaron.

Los collares son las fajas con que le tienen fajado; los cencerros los clamores cuando le están enterrando.

La zuela que el gañán lleva para componer su arado, significará el martillo con que remachan los clavos.

La ijada que el gañán lleva agarrada con su mano, significa bien las varas con que a Cristo le azotaron.

El gañán es Cirineo, el que a Cristo le ayudaba

De noche ya, y luego que han cesado los sófos o coplas sueltas de p siones y calvarios, apifanase dos pelotones de mozos—la masa coral, o si os place, la schola cantorum de la aldea—y colocados frente por frente, el uno al lado de la Epístola y al lado del Evangelio el otro, a la señal de la matraca o de las tabullas, dada por el reg'ia, comienza el coro del lado del Evangelio a cantar la primera estrofa, y no bien se han dejado oír las últimas cadencias, cuando rompe a cantar la segunda estrofa el otro coro apostado al lado de la Epístola, y así prosiguen alternando y sucediéndose puntualmente

«amant alterna Campanae»

hasta que can fin al romance.

Cuando ya lo han concluido, marchan todos en silencio, de dos en ringle, con aire de contrición, reverentes, e mpungidos, y a veces llorosos, hacia el centro de la iglesia; y allí, postrados de hinojos, besan el imponente Crucifijo, que tendido está en tierra, sobre paño de tumba, alumbrado por mortecinos cirios que despiden más humo que luz.

Ya se entiende que en esas noches santas, ca'deados los espíritus por el fuego de la más ferviente devoción, conmovidos por aquel espectáculo tan intensamente, tan fuertemente patético coros nutridos, de voces llenas, poderosas, que hacen retremblar la frágil techumbre del templo; tinieblas, que se palpan, débilmente esclarecidas por las lucecillas que arrojan las velas pajizas que arden en tori o al crucifijo; el silencio funéreo de las noches de Pasión; el pueblo devoto que llena la iglesia; mujeres que lloran, a lágrima viva; ancianos que sollozan...—todo es parte a que los cantadores expresen con más fervor, con más religiosidad, que cuando cantan a solas y en el campo, el sentimiento que rezuma por todos los versos del arado. Ya ellos mismos suelen decirlo con muy galana sinceridad:

Cantar bien o cantar mal, en el campo, es diferente; pero delante de gente, cantar bien o no cantar.

Para completar este tan ruin articulejo algo debiera decirse en alabanza de las rústicas armonías, de la música sagrada del arado. Mero aficionado, o si se quiere, admirador entusiasta del folk lorismo salamanqués de la música popular o rústica no se me alcanza ni poco ni mucho ni nada. Nada hay perdido con esto. Mi absoluta incompetencia en lo que atañe a la crítica de la música campesina del arado será un bien suplirla, y suplirla con creces, trasladando aquí el concepto poético que de las ara las formó, con soberano arte, Gabriel y Galán en una de sus más sublimas producciones poéticas.

Y sirvan los versos de l' altísimo poeta, de broche de oro con que se cierre la canción del arado.

Así cantó el labriego con música de intona melodia, que en el sonío le derramó ambrosía y en la conciencia derramó sosiego.

Era el himno aldeano, salmo de agradecida criatura que a Dios enciñe en la celeste altura dándonos pan con amorosa mano:

Severo canto llano que el rudo mozo le enseñó Natura para el culto del templo soberano de la vasta llanura que aún es estrecha para altar cristiano.

Y yo escuché embelesado y mudo la piadosa letrilla, decir sincero de sí sencilla, hija de un pecho rudo donde nunca arañó, ruía y sañuda, la sarna miserable de la duda.

Trenos.

Voz de llanto arrastra en su corriente el Cedrón; El Libano gime en sus nevadas cumbres; El eco del dolor suspira entre los muros de Jerusalém;

Y la amarillenta desnudez de los muertos, arrancados a los sepulcros, pasea los sudarios b'ancos por las desiertas calles.

«Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los Cuatro Vientos contra la Ciudad maldita.»

¡Ay de sus fuertes muros y soberbias murallas! Los ejércitos enemigos avanzan y el polvo envuelve entre ruinas las pasadas glorias.

Grito de destrucción contra el templo, que permanecerá para siempre desierto;

Grito de muerte contra los sacerdotes del altar, contra las vírgenes del Santuario.

Ya no resuenan las trompetas de oro convocando a las festividades;

Extinguióse en el frío el fuego sagrado;

Ya no claman entre el vestíbulo y el altar las plegarias de los orantes;

Los tímpanos se consumieron; la sangre de las víctimas dejó de correr sobre las aras, y la sombra del Altísimo desapareció sobre el arca de las antiguas maravillas.

La Ciudad deicida duerme;

En el Calvario hay aromas de inextinguibles fragancias;

Un ángel de enlutada túnica gime postrado al pie del sepulcro;

Una Virgen de negras tocas suspira lánguidamente en el recogido camarín de sus misterios santos.

Aquella Virgen es Madre.

¡Por qué llora la predilecta de Israel?

¡Por qué sufre la escogida entre las hijas de Judá?

La noche tiene un manto de fúnebre tristeza sobre la tierra de promisión.

Adán se ha estremecido en su vetusto osario;

Las sombras de Noé, de Abraham y de Jacob, errantes por el monte de las Olivas, van clamando venganza contra los fratricidas del inocente Abel.

«Jerusalém, Jerusalém; ¡dónde está tu hermanito?

Jerusalém, Jerusalém, que matas a los profetas: ¿por qué has vertido la sangre del Justo?

Él inocente ha muerto, el Mesías está crucificado, tus hijos están malditos: ¿no ves la mancha de la sangre en tus manos?

Jerusalém, Jerusalém: ¿qué tienes en la frente?

Lleas un larí ignominioso; el castigo de tu crimen, el baldón de tu apostasía.

Jerusalém, Jerusalém, conviértete a tu Dios y Señor.»

No hay estrellas en el cielo;

El firmamento se ha tocado de luto; el viento lúgubre gime en las almenas; el Cedrón sigue su curso llorando la traición de Judá; los Apóstoles, tímidos, aguardan en la oscuridad la realización de los grandes misterios;

Una Virgen, escogida entre las hijas de Judá, vierte raudal de purísimas lágrimas de sus hermosos ojos azules; tiene el corazón atravesado de dolor, y su alma se anega en tormentos de amargura; tristemente murmura sus quejas, como la tortola cuñada que gime en las vetustas ramas de la encina.

Jesucristo, el Hombre-Dios, ha muerto crucificado.

Entregóse villanamente un Apóstol;

El pueblo predilecto le acusó y rugió pidiendo su sangre; le cargaron una Cruz sobre los hombros; tendieronlo después sobre ella; atravesaron sus pies y sus manos con clavos, y cuando llegaron las agonías del dolor, e inclinó su cabeza en brazos de la muerte, aun se cebaba en sus carnes puras.

«Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los Cuatro Vientos contra Jerusalém y sus moradores.»

¡Ay de los que le ceden! ¡Ay de los débiles que no amparan al Justo! ¡Ay de los que le escarnecen! ¡Ay de los que pisotean la sangre que baña la cima Santa del Gólgota!

C. de Lucas y Martín.

C. de Altea.

Consumatum est.

Si, amado Jesús; todo se ha consumado y cumplido ya. Las amorosas ansias de nuestro sacratísimo corazón, han quedado satisfechas; habéis glorificado al Padre en la tierra; maní

festasteis a los hombres las palabras y doctrina que El os dió; les habéis mostrado que la vida eterna consiste en que conozcan a quien os envié...

y frenesi del amor más dulce, más tierno, más sublime, que presenciaron los siglos, y besa con ardor aquel semblante pálido y amoratado, y sostiene aquella hermosa cabeza...

llas mejillas, antes frescas y bellas como la flor del terebinto, están ahora mustias y pálidas, escaldadas por las lágrimas. Su semblante no es el de aquella Virgen Cándida y bellísima que pasaba sus días en el hogar de Nazaret...

Huyeron los discípulos, temiendo el daño que pudiera acocerles, si con El le encontraban en el Huerto; y uno sólo, Pedro, el que parecía más valiente...

Y mejor hubiera sido que también él se hubiera ocultado del todo, para librarse así del triple pecado de cobardía y deslealtad que cometió negando ser uno de los discípulos del Prisionero.

Los poderes de la tierra maquinan también contra la Santa Iglesia Católica, pretendiendo sujetarla con fuertes ligaduras, á los fallos y decisiones de los Tribunales civiles...

Y que sola y abandonada dejan á su Santa Madre los que se dicen hijos suyos, cuando así se halla fieramente combatida! Todos huyen; los unos á sus casas para seguir disfrutando de sus comodidades...

¡Madre mía! ¡Iglesia Santa! Si en el camino de tu pasión dolorosa quisieras aceptar el pobre sacrificio mío, yo te ofrezco gustoso el de mi propia vida si con él pueden ser aliviadas tus aflicciones...

Dolorosa.

¡Ay pobre Madre! mi modesta lira ardiente clama contra el alma impía, vibra en sus cuerdas tu dolor que inspira:

Dulce María. Del alto monte la elevada cima, do el Dios clemente con amor moría, bajan los ayes, de dolor y grima:

¡Ay de María! Voló en los ecos del frondoso valle, corrió en la brisa que el espacio tendía, cayó en el pueblo y repitió en la calle:

¡Ay de María! Choqué en las piedras del vestido suelo, que en ruido intenso con temblor crugía; giró en el éter y gritó en su vuelo:

¡Ay de María! Llegó hasta el templo, donde á Dios se implora, y allá en las losas de la nave fría, surgió un acento, como el Dios que llora.

¡Ay de María! Rasgó su seno con horror el velo, y de su ruido pareció salir entre girones y subir al cielo:

¡Ay de María! Voló en el éter el convulso acento, llevó á la estrella la noticia impía: la luz del astro se apagó al momento.

¡Ay de María! Veloz el mundo recorrió la nueva; en todas partes el clamor subía; la noche oscura, con su manto eleva.

¡Ay de María! Con sus dolores la falaz serpiente de anillos gruesos y de cascama fría cayó abatida y recostó su frente.

¡Venció María! Mi Dios murfise en el dolor humano, Así cumpliendo su palabra pia; Sufrió la Madre; se salvó el cristiano.

¡Viva María!

Clemente P. Casillas.

La Verónica.

Su verdadero nombre es el de Berenice. Ojeda, en su Cristiana, refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer:

«Y tú también entonces, Berenice, dejaste al vivo impresa la alta historia de este paso á la Iglesia, que bendice hoy tu nombre y conserva tu memoria, ¡oh pia osadamente! ¡Oh tú felice, que en tanta pena, lumbre de su gloria, hurtaste al afligido Dios, oculto en una estampita del humano bulto!»

Morada de amor.

¡Hambre de amor me hería hincándose su hierro encendido! ¡Hambre de amor, que ardía como un horno encendido, devorándose el alma y el sentido!

¡Tan sólo me olvidé de unos umbrales! ¡Sólo pedí consuelos a pechos terrenales, tan duros como duros pedernales!

¡Amor, amor eterno, sobre esa carne pálida está escrito! Más que de madre, tierno: como Dios, infinito; firme más que una roca de granito.

¡Oh regalada herida! ¡Oh dulcísimo nido del costado! ¡Fuente de eterna vida! ¡Trono de amor sagrado!

¡Ven, alma, y en la llaga del costado de Dios haz tu manida! ¡Aquí el amor se paga con tan rica medida, que traspasa las lindes de la vida!

¡Aquí verás colmada esa ambición de amor que te devora! Haz aquí tu morada, y silenciosa llora la muerte de ese Dios que te enamora!

Roberto T. Alcover.

Nuestra Madre.

Vella, cristianos: es ella, la Virgen sin mancha de Belén; la doncella hermosa de los valles de Galilea, la egrida entre todas las mujeres; la Madre del Señor, la bella, la dulce María....

Miradla; apenas sostiene en sus brazos delicados el sacral cuerpo de su Divino Hijo: Este acaba de expirar; sus derramadas heridas sangran ardoroso, que pide a a r al corazón; en su brillo en sus ojos una lágrima tierna, que tarda en evaporarse; aún se entreabren sus labios murmurando una plegaria de misericordia y de amor: aún se refleja en su semblante el aire grandioso y sublime de un Dios....

Y María le estrecha entre sus brazos con la locura

El Señor del Gran Poder.

(Tradición andaluza).

Cuentan del Montañés, allá en Sevilla,

donde esculpió figuras venerandas, con la unción religiosa del artista austero y español, de pura raza, que cuando terminó la que allí nombran «Señor del Gran Poder», con fe cristiana, aquella mente que antes concibiera tanta belleza y maravilla tanta, se sumió para siempre en los delirios y aberraciones de locura insana.

Y cuando en procesión aquella imagen por la ciudad en hombros transportaban, a su paso salía para verla, y fijo en ella, derramaba lágrimas, sin creer que sus manos habían hecho la prodigiosa efigie venerada.

Y es que su alma de artista y de creyente, antes de ejecutarla, la adoraba con la piedad profunda que imprimía a sus obras la escuela sevillana.

¡Señor del Gran Poder! Que yo te lleve fijo en la mente con unción sagrada para aceptar la cruz del sacrificio que haya dispuesto tu voluntad santa.

Mariano de Santiago Cividanes.

Blasfemos...

La sociedad presente está corrompida y desciende por el plano inclinado de la desgracia. Hace alarde de sabiduría, de progresiva, de artista, de civilizadora; pero no importa que corone su frente con la diadema de la ciencia, con la aureola de la libertad, con el laurel del triunfo, con la conquista moderna. Todo ello es en el interior: dentro presenta úlceras hondas, úlceras que no podrán disminuir ni amortiguar ni la luz, ni el oro, ni el placer, ni las músicas dulces y alegres.

Es enfermedad de muerte, si su curación no es pronta y radical; es falta de amor, de caridad. Los hombres que blasfeman de Dios no pueden amar, y sin amor, la vida es imposible. Los hombres que blasfeman de Dios no pueden sentir ningún ideal de compasión por el prójimo, por el hermano; no pueden llegar al sacrificio: les falta la caridad, virtud necesaria para la vida.

En el Gólgota blasfemaban los judíos; conocieron a Cristo poderoso, y cuando le vieron crucificado, le despreciaron; sin encontrar defecto en su vida, le maldijeron y castigaron entre ladrones. Los blasfemos de hoy, también injurian y blasfeman de Cristo; y no pudiendo resistir su poder, tratan de arrancarle de todas partes, pretenden que el mundo no sea presidido por Dios.

Gazteizko-bat.

Los discípulos le abandonaron.

Es este pasaje del Evangelio uno de los que más dolorosamente me impresionaron siempre que leí la Pasión del Salvador.

Y acaso sea por esto por lo que muchas veces he creído ver reproducida aquella escena de cobardía y deslealtad, cuando arrecia la persecución de los actuales tiempos contra la Santa e Inmaculada Esposa de Cristo, nuestra Madre la Iglesia Católica.

¡Jesús abandonado de todos en el angustioso momento de su prisión, cuando injusta y atropelladamente le maniatan aquellos soldados y los infames ministros de los judíos que lanzan horribles blasfemias contra el Justo y ponen sus sacrílegas manos en la Sacratísima Persona del Hijo de Dios!

¿Dónde están aquellos que le aclamaron por Rey de Israel, pocos días antes? ¿Dónde los que lanzaban al aire los Hossanas y bendiciones al que venía en nombre del Señor? Y aquellos a quienes adoctrinó y los que de El recibieron la salud y la vida y los que andaban en su compañía como más fieles servidores suyos y el que protestó que había de seguirle aun cuando fuera preciso morir, ¿dónde están? Le abandonaron todos. En aquella hora de la traición Jesús no tiene ni un sólo amigo que dé por El la cara, ni un servidor leal que le defienda contra las injurias y atropellos de la canalla miserable.

Eloy Montero.

¡¡¡María es nuestra Madre!!!

La poesía de la fe.

Recuerdos de la infancia.

La «Morafia» es como una verde pradera en los abiertos campos de Castilla; los pueblos, acá y allá diseminados, reposan tranquilos a la sombra del templo secular, o del vetusto castillo en cuyas almenas florece una planta parietaria, que lleva aromas de ruinas y cenizas.

Es el día del Jueves Santo; la hora de los místicos recogimientos; la Iglesia cobija entre sus sombras el rumor de preces, el sonido de los trenos, la voz de los sacerdotes, que habla de amores santos y de testamentos divinos; las luces flamean ante el augusto Tabernáculo, y el suspiro germina en todos los labios y la compasión anida en todas las pechos.

Declina la tarde. Los pueblos pequeños de mi tierra hidalga tienen sus manifestaciones de fe y religión, sencillas, humildes, poéticas.

Fórmanse dos filas de mozos garridos que rompen la marcha; los hombres caminan bajo el peso de sus largas capas; la imagen del «Amarado a la Columna» ostenta sus llagas doloridas, sus carnes lívidas y su sangre que brota en raudales de amores; detrás camina una Virgen lánguida, doliente, envuelta en negro manto, y estrechando en las manos blanco cendal que recoge lágrimas de purísimo llanto; el sacristán entona un *Miserere* monótono, rítmico, quejumbroso, que repite la pesada voz del sacerdote; las mujeres se agrupan en pos musitando oraciones; las bellas del pueblo están enlutadas; aquel día no tienen sonrisas ni miradas para los garridos mozos; todas van silenciosas, modestas, el rosario engarzado en sus manos blancas, y la toca cubriendo los bucles de rizos negros.

De vez en vez, dos coros de cantores cantan y se contestan en sentidos romances.

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores Madre e Hijo,
porque son Cristo y su Madre,
tiernamente se despiden;
tanto, que en sólo mirarse,
parece que entre los dos
se está repartiendo el cáliz.

La procesión avanza, el rumor de preces, suspiros y pasos acrecienta, y al cruce de calles y plazas, va resonando la voz de los trovadores pasionarios:

Hijo, le dice la Virgen:
¡ay! si pudiera excusarte
esta llorosa partida
que las entrañas me parte.

Era yo niño, y el acento impregnado de místicas tristezas, que emanan las estrofas del sublime poeta, iba con dolorosos golpes agitando mi pecho.

A morir vas, Hijo mío,
por el Hombre que criaste,
que ofensas hechas a un Dios,
sólo un Dios las satisface.

Abriéronse las puertas de la ermita, que se levanta en las afueras del pueblito. Cuando penetraba la religiosa comitiva, bajo la blanca bóveda resonaba el romance:

Dejadme, dulce Jesús,
que mil veces os abrace,
porque me deis fortaleza
que a tantos dolores baste.

Y regresaba la procesión por el mismo recorrido, ferviente, suplicando con preces, oraciones y versos; y la salmodia poética de los labriegos, seguía en raudas estrofas de sublimidades del alma que lleva toda la ternura de una Madre que siente el corazón despedazado por la ausencia del Hijo que marcha a morir por los Hombres.

Para morir he nacido,
Él ordenó que bajase
de sus entrañas paternas
a las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
hasta la muerte he de hallarme;
la Cruz me espera, Señora;
consuéleos Dios, abrazadme.

¿Qué tiene esa poesía de los primeros años de la vida, que en las áridas sendas de nuestro continuo trabajo sigue endulzando las horas amargas? ¡Oh tiempos venturosos de mi niñez muerta, que suave huella dejáis en mi espíritu!

Aun os veo: allí se levantan las cortinas de damasco a los lados del Monumento; las dos varas, que representan la ley y la justicia, puestas en cruz, están velando ante Dios en la Eucaristía; mi madre me estrecha contra su regazo; el sacerdote reza al pie del lecho de Cristo moribundo; por todos los que aquel año han pasado a otra vida; el pueblo gime, el pueblo llora con la Madre de Cristo, que llora por su Hijo; la ceremonia termina; antes de retirarnos nos acercamos con recogimiento y devoción a la imagen del Hombre-Dios que yace en una Cruz, y mi madre me dice: «besa, hijo mío»; yo pongo un ósculo inmaculado y ardiente en aquellos clavos duros que arrancan sangre de los pies y de las manos del agonizante; y después curo en la negra vestidura de la Virgen, que está a la cabecera de aquel lecho de dolor.

Levanto mis ojos, que se encuentran con los de la Madre divina, cubiertos de lágrimas, y lloré también con ella.

Después siguen las tinieblas, los niños y las niñas todos, con mazos y matracas, tocamos a la hora de los ruidos; extingúense en el espacio las preces postímeras, y el pueblo duerme esperando el rayar del día para acudir al sermón de Pasión.

¡Oh, recuerdos benditos de una religión sencilla y poética; seguid reinando en mi memoria, para lenitivo de penas y consuelo de dolores en las negras horas del vivir!

C. de Lucas.

Los Trenos de Jeremías.

El Profeta de las lágrimas, el cantor de las tristes endechas a la ruina de Jerusalén y la cautividad Babilónica, llena de lúgubres añoranzas, de dejos amargos el pensamiento litúrgico de la Iglesia en estos días.

Es a manera de una fogarada inmensa, de una señal de alarma que brilla acá y allá entre las sombras de las negras nubes, que son fatídico preuncio de la tormenta que un día, el más memorable de la Historia, estallara formidable sobre el altar santo del Gólgota.

El ritmo, la melodía sublime de los Trenos; su estilo sin ornato, sencillo, pero sublime, cual voz que conmueve los ámbitos del cielo, son de una poesía encantadora, de una luz excelsa, como estrella del firmamento; Jeremías parece una evocación fantástica del espíritu de la Historia, una querrela arrebatadora de la conciencia humana.

Jamás genio alguno ha dado a sus versos una entonación más robusta, una sonoridad más armoniosa, un espíritu más religioso, un sentimiento más profundo, una idealidad más imponente. «Coincidencia notable!—dice un escritor de la pasada centuria—: El más afortunado de los mortales, Salomón; el más afligido de los hombres, Job; la más contrariada de las criaturas, el inmenso poeta de las *Lamentaciones*, Jeremías, son los tres genios a quienes debe el mundo la pintura más formidable de las miserias de la humanidad, al mismo tiempo

que pregonan con su fe el santo misterio de la grandeza.»

Son los Trenos de Jeremías un monumento conmovedor del querer entusiasta, del amor íntimo de su alma fulgurante hacia su desgraciado pueblo, cuyas calamidades y aflicciones hicieron vibrar su limpio corazón.

Desarrolla el Profeta de las *Lamentaciones* en cinco áureos capítulos, con lenguaje patético y conmovedor, el cuadro del dolor inmenso de la Sinagoga y del pueblo, y la ingente borrasca que en ola de llanto agita su pecho de patriota y hombre santo.

La llamada *Oración de Jeremías*, es una queja arrancada por el dolor: una plegaria magnífica que el Profeta dirige a Dios, cual explosión de infinitos sentimientos, en favor de la Ciudad abandonada. Puede afirmarse que no hay obra, como esta efusión de excelso dolor, entre todos los libros que en la antigüedad cantaron los infortunios de la Humanidad.

La Iglesia Santa, en estos días de conmemoración de la cruenta tragedia del Calvario, recoge en la concha de oro de la Sagrada Liturgia las amargas lágrimas, del sublime Vidente, quien, según Fornici, es símbolo perfecto de nuestro adorable Salvador. Jesús es el que desde el árbol de la Redención, gime, habla, se lamenta, nos mueve a compasión y excita nuestra proterva voluntad a la penitencia, diciendo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén del alma; conviértete a tu Dios y Señor!

Nicolás Pereira.

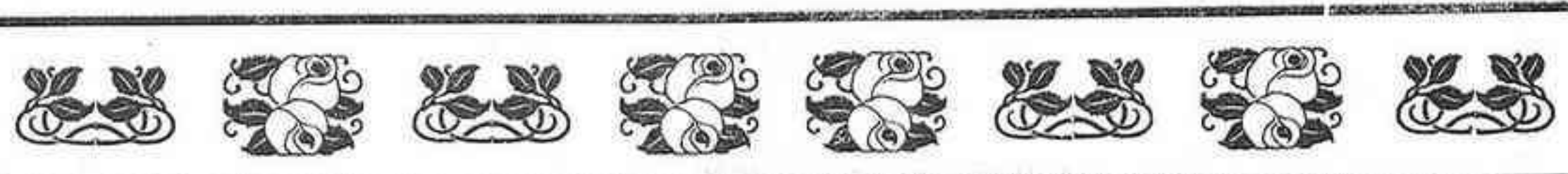
Jesucristo ha resucitado lleno de gloria y hermosura.

Al siguiente día, Sábado Santo, acudí diligentemente a la plaza donde los *monigotes* estaban de las farolas suspendidos. Había allí una multitud de gentes que, como yo, esperaban el voltear de las campanas de la inmediata iglesia, para presenciar el que era para ellos ya conocido y atrayente espectáculo.

Llegó el momento: el sacerdote acababa de entonar el himno de la victoria *Gloria in excelsis Deo*; las esquilas del templo y las campanas de la torre pregonaban el triunfo de Cristo; aquella multitud lanzaba a los aires sus vivas entusiastas al Salvador del mundo, y en aquellos momentos de alegría santa, oyese el ruido de un cartucho de pólvora que explota, inmediatamente después el de otro y sucesivamente el de muchos más; vuelan por los aires las cabezas y miembros de los ahorcados, yendo a caer a los pies de aquella muchedumbre que les execra y maldice como condenados del infierno, y sale, por último, de las entrañas de aquellos cuerpos ya mutilados, el fuego devorador que en breves instantes los consume y hace desaparecer.

Allí mismo se enarbola la blanca bandera de la Resurrección, que es saludada por la multitud con frenéticas aclamaciones y aplausos, y que preside luego a todas las fiestas y diversiones de los siguientes días de Pascua, que me dicen son aquí muy notables.»

Por la copia,
Machet.



A JESÚS CRUCIFICADO

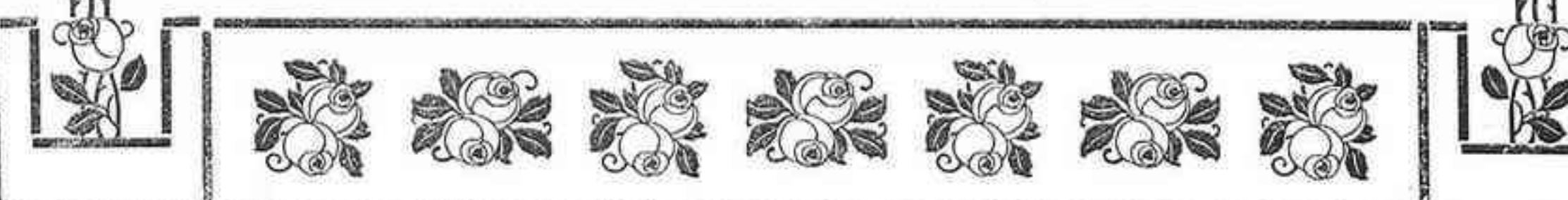
A vos corriendo voy, brazos sagrados,
en la Cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos,
y por no castigarme estáis clavados.

A vos, ojos divinos, eclipsados
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos
y por no confundirme estáis cerrados.

A vos, clavados pies para no huirme;
a vos, cabeza baja por llamarme;
a vos, sangre vertida para ungirme;

a vos, costado abierto, quiero unirme;
a vos, c'avos p'cciosos quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

GARCÍA DE TEJADA.



Una Semana Santa en Bogotá.

Entre los viejos e interesantes papeles que cuidadosamente guardo en uno de los estantes de mi pobre biblioteca, encontré, hace pocos días, buscando, otro documento que no pude hallar, un muy borroso y casi ilegible manuscrito, que bien a las claras denunciaba haber sido violentamente arrancado de un infolio, tal vez destinado a «Libro de memorias» o «Diario del viajero en América», si se atiende a lo que dice y que con no pequeño trabajo pude descifrar para ofrecérselo, benévolo lector, en estos caracteres de imprenta a los que estáis acostumbrados.

«Escribo esta página después de terminados los divinos oficios del Viernes Santo en mi parroquia, a los cuales asistí con la misma devoción y religiosidad que lo hubiera hecho en mi España y en el pueblo de mi naturaleza, si allí me hubiera hoy encontrado. Por gracia especial de Nuestro Señor Jesucristo, me conservo firme en la fe católica, aun cuando son muchos los peligros que para perderla se ofrecen en este apartado país.

«Cuando a mi casa regresaba, me llamó extraordinariamente la atención la circunstancia de ver colgados de algunos balcones y de dos postes del alumbrado público que en la inmediata plazuela había, otros tantos *monigotes* o *maniqués*, vestido el uno con morada túnica y adornado el otro con ceñido traje encarnado,

como si con aquellas figuras suspendidas de las correspondientes cuerdas anudadas al cuello de los muñecos por uno de los cabos y a los hierros del balcón o al del poste por el otro, se hubiera querido recordar la justicia hecha en dos infames y terribles malhechores, que en la populosa ciudad saldaron sus cuentas con la ley.

«Preocupado con esta creencia que en el alma había arraigado y que la movía a protestar contra la poco piadosa representación de la humana justicia en aquel día santo dedicado a recordar la muerte del Salvador de los hombres, faltóme tiempo para pedir explicaciones del hecho a la bondadosa y cristiana patrona que la *parva* de *desayuno* me servía.

«¡Ah, señor!—me dijo—; usted no se ha fijado en los dos bribones que aparecen ahorcados. Son el infame Judas y Satanás en persona. Aquí les colgamos todos los años en este día para que se sepa el fin trágico del traidor discípulo y la victoria de Cristo sobre el demonio, a quien privó del señorío que sobre los hombres venía ejerciendo.

«No acertó a explicarme mi amable interlocutora el origen de aquella costumbre, ni las razones que adujo para mantenerla y censurarla, me convencieron plenamente. Pero, para evitarme acaso nuevas sorpresas, tal vez para justificar del todo aquella práctica que me explicaba o quizá porque el mismo giro de la conversación así lo pedía, añadí, llena de entusiasmo, lo siguiente:

«—Ya verá usted mañana, mi señor, cuando toquen a gloria las campanas, cómo se queman las entrañas de esos condenados, al saber que

A un «Hece-Homo,»

Sólo cuando el pesar ni alma quebranta
los ojos vuelvo a tu divino rostro,
y la rodilla ante tu imagen santa
avergonzado postro.

Perdóname, Señor: Yo de la vida
gusté soberbio el desabrido fruto,
y acuto a Ti con mi alma dolorida
llena de muerte y luto.

Vencido y roto en la funesta guerra
del gce impuro y del sediento anhelo,
huyendo las desdichas de la tierra
busco la paz del cielo.

Tú me enseñas, Señor, cuando perdonas
y la cabeza ensangrentada inclinas,
que del mundo falaces las coronas
son coronas de espinas.

Tú me enseñas, Señor, cuando penetra
lo que tu imagen dolorosa entraña,
que de la tierra infame es todo cetro
frágil cetro de caña.

Tú me enseñas, Señor, cuando tus leyes
sigo y desprecio la mundana gloria,
que hasta el man'o d' grana de los reys
es púrpura irrisoria.

Por eso vengo a Ti, como venía
cuando mi padre me enseñó de niño
a pedirte aquel pan de cada día
que ofreció tu cariño.

Vengo sin la inocencia encantadora;
manchado traigo el corazón de lodo;
más Tú igualas al sér que el mal ignora
quien lo desprecia todo.

Propicio acoge y la flaqueza auxilia
de quien busca tu amparo soberano;
sobre mi pobre techo y mi familia
tiende, Señor, tu mano.

A tus plantas vinieron mis abuelos
su cuita, oh Dios, para contarte amarga;
mis padres a tus plantas de sus dulces
dejaron la vil carga.

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte
hoy pongo en Ti Señor, los ojos fijos;
y a Ti vendrán también para a torarte
los hijos de mis hijos.

Tu imagen en mi hogar mística enlaza
la edad pasada con la edad presente,
cinco generaciones de mi raza
te humillaron su frente.

Y Tú a quien nadie sin socorro implora,
tu honda aflicción cambiaste en alegría;
como sus culpas perdonaste, ahora
perdóname las mías.

Vicente Wenceslao Querol

